

EL INVENTO DE UN BASCONGADO



Iradier es más conocido por sus viajes que por sus inventos. Y si por unos y otros no es tan conocido en España como debiera serlo, consiste en que, al mismo tiempo que español, es modesto; no milita en la política activa, ni se prodiga en discursos vanos, ni pretende á la menor ocasión lanzar su nombre á los cuatro vientos.

Ha dedicado sus vigilias (y seguirá dedicándolas) á lo que en España se aprecia menos; á hacer algo útil á sus semejantes.

Bascongado por su nacimiento y por su familia, no ha querido hasta hoy salir de este rincón de la patria grande que constituye para nosotros la patria chica, y viviendo en la cual nos sentimos felices, sin pasar nunca de ser, á los ojos de los *grandes patriotas*, unos patriotas chicos.

Todo es pequeño en provincias para los hombres *del Centro*. Pero si esas provincias son las Bascongadas, entonces no solo es pequeño todo, sino raquíptico.

Iradier publicó en Vitoria el año 1887 una obra de viajes en África, que dudamos haya tenido igual dentro de nuestra nación, en todo lo que va de siglo. Obra de *literatura científica* y publicada en Vitoria... Nadie se acuerda ya de semejante acontecimiento.

Todavía habrá muchos españoles ilustrados que ignoran que Garibay fué el primer historiador general de España, y Elcano el primer circunnavegante conocido, ambos españoles y ambos bascongados.

Y porque los bascos hemos ensalzado las glorias de nuestros hermanos y hemos repetido sus nombres y hemos ponderado sus hechos, hásenos tachado de vanos, presuntuosos y soberbios. No importa; el culto á las glorias de los antepasados será siempre sentimiento desarraigable en este noble pueblo, y sobre el estudiado desdén de lospro-

hombres hispanos hacia nuestra historia, se alzarán los trabajos constantes que para ilustrarla realizan los hijos de este suelo.

Mas no basta conocer y apreciar y respetar y ensalzar los hechos grandes y gloriosos de nuestros compatriotas pasados para merecer el dictado de pueblo culto, generoso y digno: precisa continuar la tradición en el tiempo consagrando á los méritos presentes la misma respetuosa admiración que á los pretéritos, y estima igual á los héroes que aun existen que á aquellos otros que há tiempo sucumbieron. Conducta con frecuencia practicada por el pueblo bascongado, y en la que están inspiradas estas líneas, merecido tributo consagrado al compatriota, al sabio y al amigo.

Y porque la EUSKAL-ERRIA se halla destinada á contar las palpitaciones de la vida de este desgraciado país, y á consignar cuantos fenómenos notables esa vida ofrezca, he querido insertar en sus páginas tales líneas, que si en sí mismas nada valen ni nada significan, significan y valen mucho por razón del fin y del objeto que las inspira.

Desde que Iradier regresó de su último viaje al Africa y se convenció de que allí no podía volver sin inutilizarse por completo, y comprendió que sus trabajos de viajero y explorador de nada servirían á su patria, porque su patria no sabía apreciarlos ni aprovecharse de ellos, retiróse á su pueblo natal á restaurar sus fuerzas y reponer su salud notablemente quebrantadas durante su permanencia en la región de los trópicos. Y conseguido esto, continuó trabajando, (porque Iradier no sabe vivir sin trabajar); trabajando en el retiro y en el silencio.

Un día nos comunicó que había *resuelto un problema de alguna importancia*: el de abreviar notablemente la operación de componer en la imprenta.

Efectivamente el problema era de «alguna importancia», de demasiada importancia para creerlo resuelto así de buenas a primeras, sin noticia previa de ningún género. Pues Iradier nada nos había dicho de los estudios que á este fin venía enderezando. Así fué que le manifestamos nuestras dudas acerca de la eficacia del invento. Entonces nos mostró un extenso manuscrito donde constaban los términos del problema y la solución del mismo. Trabajo grande era aquel, y no para examinado en breve tiempo. Al repasarlo nos convencimos de que la *teoría* era cierta: precisas y claras las conclusiones, necesarias las consecuencias. El nuevo procedimiento tipográfico disminuía el trabajo de composición en un cincuenta por ciento: esto en la teoría. Pero.... ¿y en la práctica?

El inventor estaba seguro del éxito. Pronto nos comunicó su convicción á unos cuantos amigos, y se dispuso lo necesario para traducir la teoría en hechos.

Consistía la primera en emplear letras asociadas (KATATIPIA) en vez de emplearlas solas, ó por simples unidades (MONOTIPIA); y los segundos necesariamente habían de consistir en fundir los nuevos tipos y ordenarlos en una caja de las condiciones ideadas por el autor del invento. Sin esto no era posible llegar á la demostración práctica del principio inventado.

Porque conviene advertir que el principio no era nuevo ni desconocido; antes al contrario, había sido formulado ya por hombres que trabajaron para hacerlo practicable, sin conseguirlo; del mismo modo que en el problema de la navegación aérea ha sido visto y proclamado el principio de que «el vehículo empleado ha de ser un cuerpo más pesado que el aire para poder dirigirlo» sin que hasta el presente se haya logrado la locomoción y dirección de tal vehículo.

Fundidos, pues, los tipos, fabricada la caja que había de contenerlos, se procedió al ensayo en casi todas las imprentas de Vitoria.

El resultado fué el que el inventor había previsto. El trabajo de seis cajistas, lo realizaron cuatro: el de doce, ocho. La labor que un cajista hiciera en seis horas la acabó en cuatro: la de doce en ocho. Hé ahí la proporción entre el procedimiento inventado y el antiguo. Ventaja; un cincuenta por ciento.

Se trataba de un hecho real y evidente: de un progreso industrial palpable y cierto.

Iradier tenía ya la patente de invención con el privilegio correspondiente expedido de conformidad con las leyes vigentes en la materia, para explotar esa invención en España y Portugal.

No es aventurado afirmar que, debidamente publicado y propagado ese invento, durante el plazo legal de veinte años, los nuevos tipos y las nuevas cajas habrán entrado en todas las imprentas de España, principalmente en aquellas en que se publican periódicos.

Esto implicaba el establecimiento de una gran fábrica de fundición y taller de cajas: de una escuela de cajistas para el aprendizaje (sencilísimo) del nuevo sistema; de buen número de sucursales y personal de maestros, viajantes, etc., etc. ¡Y todo esto en España!...

Iradier, que se atrevió á penetrar en las inexploradas regiones del Africa tropical, que luchó siempre con valor durante su azarosa exis-

tencia con todo género de obstáculos, fatigas y peligros, no se atrevió á tanto.

Se necesitaba un capital considerable, y renunció á buscarlo.

El interés que ese capital pudiera haber ganado, hubiera sido también considerable. Pero siendo España el país de las aventuras, es donde menos se aventuran los capitales. Mediante la asociación de estos, en acciones de corto valor, pudiera haberse realizado ventajosamente la empresa: pero los capitales españoles son tan enemigos de la asociación como los españoles mismos. Aquí todo es individualista: y esto que en ocasiones ofrece grandes ventajas, á las veces ocasiona grandes perjuicios.

En tal estado tenía el ilustrado inventor su precioso invento, cuando la suerte le deparó *un hombre*.

Un hombre capaz de comprender ese invento y de explotarlo; un hombre en condiciones como ningún otro para plantear, extender, propagar y acreditar por medio de una industria perfeccionada un procedimiento ventajoso á las artes tipográficas.

Ese hombre no era español. Y bien puede asegurarse que, si como no era español de origen, no hubiera residido en España y tenido en ella domicilio, crédito, fama y grandes intereses, Iradier no se hubiera entendido con él ni escuchado sus proposiciones. Pero vivía en Madrid, donde poseía el primer establecimiento de fundición tipográfica que en nuestra nación conocemos, había hecho aquí por esta industria todo género de esfuerzos y sacrificios, hasta dejar sentadas las bases de una fábrica que compite ya con las mejores del extranjero. Y ese hombre, español por sus aficiones, por su arraigo, por su larga estancia en España, por sus relaciones en ella, por sus intereses creados; extranjero por su actividad, por sus estudios, por su génio, por su nacimiento, se entendió con Iradier que, español de abolengo, de corazón, de sangre y raza, es por su género de vida, por sus hábitos, por sus ideas, por sus trabajos, un tipo extranjero.

Manuel Iradier y Richard Gans convinieron en las bases mediante las que, el segundo había de poner en explotación el invento del primero.

Hé aquí, pues, al Guttenberg y al Fust de la moderna imprenta. Un bascongado y un austriaco; este nacido en Carlsbad, y aquel en Vitoria.

Esperamos con ansiedad los frutos de esta asociación y los resul-

tados de la nueva industria. Y así como los bibliófilos recordamos con fruición la fecha de la aparición de la *Biblia Latina* de Maguncia llamada *de las cuarenta y dos líneas*, conservaremos con placer en la memoria la de la publicación del primer libro impreso en España por medio de la KATATIPIA.

EDUARDO DE VELASCO.

ON ANTONIO OKENDO-RI¹



Milla eta bost-eun, irurogeita
ama zazpi garren urtean,
Antonio Okendo, jaio omentzan,
Donostiako urian;
Zurriolatik, agertutzen dan
baserri polit batian,
aurkez-aurke, begiratuta,
an dago arbol artian.

Orren bizitza, irakurri det,
iru edo lau librutan,
alabantza, beste gauzarik,
ez diote jartzen denetan;
beti arki zan, peligro aundiyak
izango ziran tokietan,
bildur-bagea, balerosoa,
ibilli gabe gordetan.

Asko bider, olandatarrak
orrek zituen garaitu,
orregatikan, Okendo zuten
Almirante izendatu;

gonbate frankotan, arkitu arren
beñere etzuten bentzutu,
argatikanen, orren izenak
denak zituen bildurtu.

¿Zer bildurra, ote zioten,
Antonio-ri ber'etsayak,
aurrean ikusi, orduko artzen,
zituanean ikarak?
orain esango dedan gauz'onek
garbi asko dio berak,
orren igesi, edo bildurrez,
ibiltzen zirala denak.

Okendo ontzidi bakarrarekin
itsasoan zan arkitu,
ta ontzidi bat, olandesena,
ere antzan suertatu;
ontzidi arrek, agudo zuen
Okendo-na ingurutu,
denan artean, ere etzuten
Antonio-na apresatu.

(1) Composición señalada con *mención honorífica* en los Juegos florales celebrados en esta Ciudad en 1894.